

visitantes y personalidades". Entre ellos el célebre Calibán, Manuel Mejía Vallejo, Fernando Botero, Jorge Franco Vélez, Carlos Jiménez Gómez, Pedro Vargas, Los Panchos y hasta la diva Berta Singerman. "Las frecuentes visitas del joven Belisario Betancur Cuartas a la casa de Esperanza Restrepo, y su valentía para batirse a puño limpio con cualquier rival, por fuerte y grande que fuera, son hoy revividas con nostalgia por sus amigos de aquellas calendas". "La casa de La Chama", famoso travesti de buen corazón, asesinado un año después de la publicación del libro por la paradójica intolerancia de la ciudad más perversa de Colombia. Desde que se derrumbó el mito del machismo, un inmenso complejo desordena las conciencias, que a veces estallan en actos delictivos, o pagan caro sus culpas en el consultorio del psicoanalista, olvidando que en el confesionario es más práctico y barato.

En la segunda se destacan: "La ciudad de los muertos", reportaje sobre los cementerios de Medellín, en especial el de San Pedro (portador de las llaves del cielo). Llamado por mucho tiempo "cementerio de los ricos", guarda ilustres mausoleos, entre ellos el monumento a Jorge Isaacs, y deviene para el final de siglo en camposanto de la comuna nororiental. La solemnidad cambia de estilo y campea entonces el gusto popular por la muerte, que despide a los difuntos con las más extravagantes y peligrosas manifestaciones de violencia irracional, y después les lleva serenatas con mariachis, aguardiente y otras costumbres escabrosas cuyo comentario sobrepasa el alcance de esta reseña. "En el corazón de Medellín", crónica sobre el parque de Bolívar, en su paso de tranquilo refugio ciudadano a barahúnda de los más disparatados espectáculos, incluida la tradicional retreta de los domingos, y la quema de uno que otro niño con gasolina, como sucede mientras se escribe esta reseña: un gamín se ríe de la actuación de un travesti, que tranquilamente lo empapa con una botella de gasolina y le prende fuego delante del respetable público.

En la tercera son notorios: "El último bus de Manrique", conducido por El Divino. "Cuando juega el Poderoso", la ruidosa y desatinada turba de fanáticos

del Independiente Medellín. Y una actualizada crónica sobre las serenatas, que ya no se pueden dar desde la calle (sino en la propia alcoba de la interesada), porque atracan a los músicos y les roban los instrumentos.

En la última parte cabe señalar: "Los gitanos de Santa María", interesante reportaje acerca de un pueblo de gitanos establecido en jurisdicción de Itagüí. Y "Un parcerito del cuarto y una chica del noveno", reportaje de una serie desde la cárcel de Bellavista, en 1985.

En total, el libro contiene treinta y tres (33) capítulos subdivididos, que se leen con el mayor interés, aunque no pretende ser más de lo que anuncia: una selección de trabajos periodísticos. A pesar de ello rebasa el límite de su modestia, y será sin duda en el futuro una obra importante de consulta sobre la ciudad, más allá de la historia que, para ser grande e importante, excluye los detalles de los cuales se aprovecha la novela histórica. Como los antiguos libros de la picaresca española, la crónica del Medellín actual (que también acusa a las clases altas) asombrará a los siglos futuros y será un clásico en su género.

JAIME JARAMILLO ESCOBAR

## Un clásico

### Latinoamérica: las ciudades y las ideas

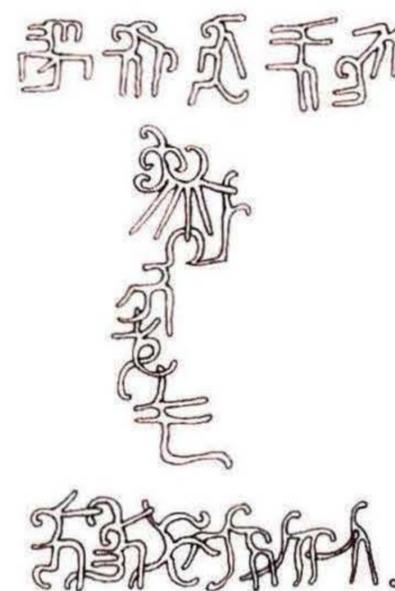
José Luis Romero

Editorial Universidad de Antioquia,  
Medellín, 1999, 532 págs.

A buena hora la Editorial Universidad de Antioquia ha inaugurado su colección de *Clásicos del pensamiento hispanoamericano*, bajo la coordinación académica del profesor Juan Guillermo Gómez, con una nueva edición —la primera, de Siglo XXI Editores de México y agotada desde hace años, es de 1976, dos años antes de la muerte del autor— de este libro que ya se puede considerar, como lo afirma Rafael

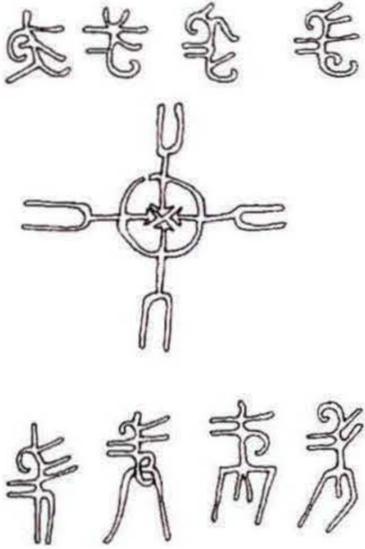
Gutiérrez Girardot en la primera frase del prólogo, "una obra clásica de la literatura sobre historia, cultura y sociedad latinoamericanas", y que, como *Las corrientes literarias en la América hispánica* de Pedro Henríquez Ureña (1949), "rectifica elegantemente prejuicios, descubre realidades y traza una imagen históricamente fundada de los procesos históricos del nuevo mundo".

Quisiéramos resaltar en primer lugar algunos rasgos de la obra, los cuales, por lo demás, caracterizan en general a la vasta producción historiográfica del maestro argentino. La elegancia, claridad y concisión de su estilo; la oportunidad de sus ejemplos, la universalidad, la profundidad, todo ello resultado de una amplia y bien sedimentada cultura que le permite al autor vincular los acontecimientos de la historia del "Nuevo Mundo" con los propios de la historia europea moderna y contemporánea a aquellos, no para "descrestar" al lector sino para orientarlo.



La universalidad, sobre todo. De hecho, el primer capítulo del libro —"Latinoamérica en la expansión europea"— es una especie de resumen de su voluminosa y significativa obra *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967), así como de su curso de 1970 —*Estudio de la mentalidad burguesa*, que publicaría póstumamente su hijo Luis Alberto en 1987— pues en él el autor recalca que la expansión oceánica del siglo XV no fue sino "una segunda ola que repite, con más amplio radio, otra que había comenzado casi cuatro siglos antes" pero que, de hecho, ésta de finales del siglo XI y que se

extiende hasta principios del XIV, “está en la génesis del proceso de cambio y por eso revela inequívocamente la peculiaridad del proceso expansivo” (pág. 4). Como es lógico, el autor se concentra al final del capítulo en los desarrollos de los dos reinos que se convertirán desde comienzos del siglo XVI en las metrópolis coloniales del subcontinente americano, España —más específicamente Castilla— y Portugal.



El capítulo segundo, intitulado “El ciclo de las fundaciones”, se concentra en considerar el establecimiento inicial de los españoles y portugueses en el nuevo continente: “apareció un europeo colonial, un hombre nuevo que extremaba alguna de las actitudes que habían empezado a aparecer en los que participaron de las cruzadas” (pág. 36). En la primera etapa, durante la cual la mayoría de las ciudades fueron meras fortalezas a partir de las cuales se consolidó el sometimiento de la población aborigen, el conquistador peninsular era un aventurero, cuya actitud resume el autor de manera sucinta: “llegar a apoderarse de la riqueza y volver”, ya que, en última instancia, ningún europeo dudó que era un conquistador, “con todos los derechos que da la victoria” y en este caso, además, “era una victoria sobre infieles, como las que antes había obtenido sobre los musulmanes”, razón por la cual adquirió la certidumbre de que la lucha “no tenía cuartel”.

Sin embargo, en el transcurso de unas cuantas generaciones esta actitud cambió y el conquistador comenzó a arraigarse. “La toma de posesión del territorio fue total. Se le dio una

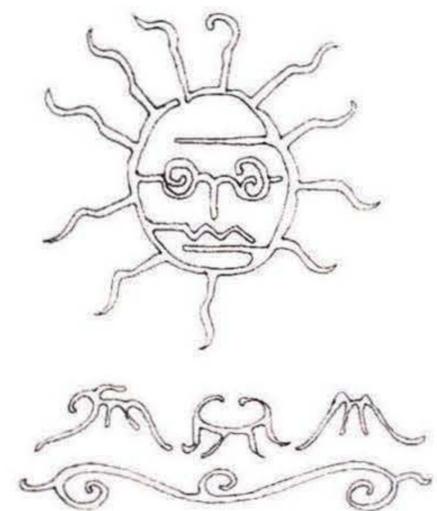
fundamentación jurídica y teológica construida sobre montañas de argumentos; pero el conquistador vivió su propia fundamentación que era indiscutible porque estaba basada en un acto de voluntad y era, en el fondo, sagrada” (pág. 37).

En relación con esto último, quisiéramos resaltar algo sobre lo cual insiste el autor en la introducción al libro: el hecho de que los conquistadores ignoraran desde el principio la importancia de las culturas indígenas que encontraron. “Si Cortés decidió la destrucción de Tenochtitlán, no fue porque la temiera como baluarte sino por su tremenda significación simbólica: era en ese lugar y no en ningún otro donde debía ser fundada la capital hispánica de Nueva España, de la España de Indias”.

Quisiéramos transcribir dos párrafos de la introducción que caracterizan con precisión esta actitud. “Pero en todos los casos un incommovible preconcepto los llevó a operar como si la tierra conquistada estuviera vacía —culturalmente vacía— y sólo poblada por individuos que podían y debían ser desarraigados de su trama cultural para incorporarlos desgajados al sistema económico que los conquistadores instauraron, mientras procuraban reducirlos a su sistema cultural por la vía de la catequesis religiosa. El aniquilamiento de las viejas culturas —primitivas o desarrolladas— y la deliberada ignorancia de su significación constituía el paso imprescindible para el designio fundamental de la conquista: instaurar sobre una naturaleza vacía una nueva Europa, a cuyos montes, ríos y provincias ordenaba una real cédula que se les pusieran nombres como si nunca los hubieran tenido [...] La red de ciudades debía crear una América hispánica, europea, católica; pero, sobre todo, un imperio colonial en el sentido estricto del vocablo, esto es, un mundo dependiente y sin expresión propia, periferia del mundo metropolitano al que debía reflejar y seguir en todas sus acciones y reacciones. Para que constituyera un imperio —un imperio entendido a la manera hispánica— era imprescindible que fuera homogéneo, más aún, monolítico. No sólo era imprescindible que el aparato estatal fuera rígido y que el fundamento doctrinario del orden establecido fuera to-

talmente aceptado tanto en sus raíces religiosas como en sus derivaciones jurídicas y políticas. También era imprescindible que la nueva sociedad admitiera su dependencia y se vedara el espontáneo movimiento hacia su diferenciación; porque sólo una sociedad jerárquica y estable hasta la inmovilidad *perinde ac cadaver*, según la fórmula ignaciana, aseguraba la dependencia y su instrumentalización para los fines superiores de la metrópoli. Era una ideología, pero una ideología extrema —casi una especie de delirio— que, en principio, aspiraba a moldear plenamente la realidad” (pág. XXVII).

Lo anterior explica porqué se produjo en América una peculiarísima cultura, o, para decirlo con el término empleado por el autor, una “sociedad barroca”. A diferencia de lo que aconteció con las ciudades del norte de Europa, no se formó en las “ciudades hidalgas de Indias” (título del capítulo tercero) un estamento medio, por lo menos hasta la segunda mitad del siglo XVIII. El modelo aristocrático —o el “ideal épico”, como lo llamara don Claudio Sánchez Albornoz— condujo a “un estilo de vida ficticio”, pues la hidalguía fue, en rigor, “una ideología del grupo fundador a la que traicionaban en los hechos cediendo a las exigencias de su propósito primario que era la riqueza, única vía para su ascenso social. Y por ser ficticio imprimió a las sociedades urbanas un aire cortesano y no burgués que contradecía la dura realidad” (pág. 74).



Esta afirmación de Romero formula sintéticamente la paradoja de la histo-

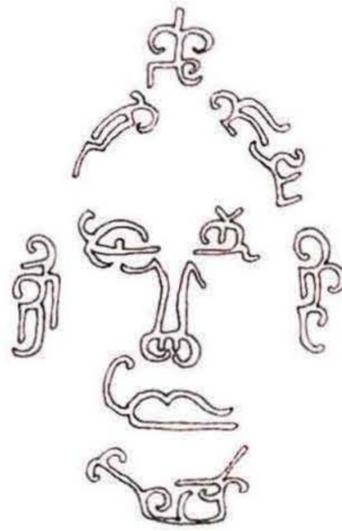
ria americana. Pues fue con el descubrimiento del continente —y con los otros descubrimientos que lo precedieron o lo acompañaron— que se inició la formación del mercado mundial y el ascenso del capitalismo. “Los colonizadores se encontraron de hecho, e instantáneamente, instalados en una situación de privilegio que el patriciado de las ciudades europeas había tenido que lograr trabajosamente a través de un proceso de señorialización feudo-burguesa [...] El mundo mercantil prosperaba, pero las ciudades hidalgas de Indias fingían —como lo fingía, sobre todo, España— ignorarlo. Y aunque tras la ficción latía cierta voraz tendencia a gozar de sus frutos, el designio de consolidar la situación de privilegio prevalecía en la mentalidad de los grupos hidalgos. Así quedó implantada en las ciudades hispánicas y lusitanas una sociedad barroca de Indias, como una imagen especular de las de España y Portugal, alterada por el color cobrizo de las clases no privilegiadas” (pág. 86).

Consecuencia de ello fue el que una vida noble fuera “la preocupación casi obsesiva de las clases hidalgas o con pretensiones de hidalguía”, lo que implicaba el desdén hacia los oficios mecánicos y el trabajo en general, así como la simulación y la pretensión: alimentar la ilusión de que la riqueza fuera una “antigua riqueza” como la de los señores de la metrópoli, “tan asentada y consentida que su beneficiario nada tuviera que hacer sino recibirla y disfrutarla” (pág. 94).

Los puertos, por razones obvias, y las ciudades mineras, que particularmente durante el siglo XVIII experimentaron un vigoroso ascenso, comenzaron a erosionar, a causa de su propia actividad mercantil, el paradigma aristocratizante, el cual, sin embargo, se vio reafirmado por los poderes establecidos. “Cuando el conquistador se transmutó en colonizador, el rasgo más vigoroso de la nueva mentalidad fue la ideología del ascenso social. Era, sin duda, una ideología, puesto que entrañaba una imagen de la sociedad y del papel y las posibilidades que el individuo tenía en ella. La sociedad debía servir para que el colonizador se enriqueciera y alcanzara una posición social espectable, para que lograra que

fuera reconocida su condición de señor” (pág. 120).

Vale la pena reproducir aquí uno de los muchos testimonios que recoge el autor, en este caso el de un sacerdote, el padre Antonil, quien escribía a principios del siglo XVIII refiriéndose al Brasil: “Ser el dueño de una plantación era un honor al cual muchos aspiraban porque tal título exige ser servido, obedecido y respetado por mucha gente y si fuera, como debe ser, un hombre de riqueza y habilidad administrativa, la estima que se acuerda a un dueño de plantación en Brasil se iguala a la estimación que tienen por los títulos los hidalgos del rey”.



La alusión al monarca nos parece bien pertinente, pues el sistema jurídico-político que se estableció en el nuevo continente estaba respaldado por el absolutismo que consolidaron en España los reyes católicos y los primeros Austrias: “era un sistema político absolutista, centralizado, en el que el vasallo se sentía orgulloso de su incondicional obediencia a un soberano... el poder omnímodo era la garantía del conjunto del sistema y nadie podía cuestionarlo, y menos en la periferia colonial del imperio”, estilo que se acentuó aún más desde mediados del siglo XVI, pues, en rigor, “detrás de esa estructura de poder estaba el sistema ideológico de la Contrareforma, que no sólo suministraba fundamento doctrinario al poder político sino también al orden social, tanto en las metrópolis como en el mundo colonial: ella fue la que inspiró y promovió la formación de una sociedad barroca” (pág. 122).

Recordemos que en el *Estudio de la mentalidad burguesa* formulaba Rome-

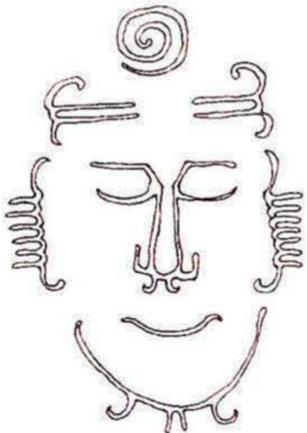
ro la noción de “enmascaramiento” para caracterizar la actitud que impregnaba la cultura del barroco: simulación, hipocresía, provincianismo, terco desconocimiento de la realidad. “Pero fue propio de la mentalidad hidalga —y no sólo en Indias— acogerse a esa concepción barroca de la vida —equiparable al sueño— según la cual podía casi borrarse la dura realidad, encubriéndola con la vasta ficción del gran teatro del mundo. La mentalidad hidalga fue en Indias decididamente urbana, pero no se alojó en el modelo de la ciudad mercantil y burguesa, sino en el de la corte: una corte precaria, apenas perceptible a través del fango y la pestilencia de las calles, de los solares baldíos, de las iglesias ambiciosas pero inconclusas, de las castas despreciadas, pero cuya precariedad encubría un vasto aparato que regía la convivencia de las clases altas gracias al cual funcionaba para ellas, convencionalmente, un sistema de vida noble” (pág. 126).

Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XVIII y a consecuencia de la política de los borbones ilustrados, que a su vez era una consecuencia del auge del comercio —“la palabra de orden para quienes querían salir de un estancamiento cada vez más anacrónico”, pág. 131— las cosas comenzaron a cambiar. Surgieron entonces “las ciudades criollas” (título del capítulo cuarto), las sociedades latinoamericanas comenzaron a acriollarse. Empezaron a formarse las burguesías criollas, que, a finales del siglo XVIII, constituyeron “la primera élite social arraigada que conocieron las ciudades latinoamericanas”. Con su ascenso, particularmente en las capitales y en los puertos, dice el autor, “el sistema de las ciudades barrocas se esfumó aunque dejara algún vestigio que alimentaría un modelo nostálgico de ciudad cortesana” (pág. 132).

A esto se agregará un notable cambio demográfico. Según calculaba Humboldt, a finales del siglo la América española contaba con una población de unos quince millones de habitantes, de los cuales sólo doscientos mil eran europeos de nacimiento, mientras que había tres millones de criollos blancos y el resto correspondía a los “pardos”: indios, mestizos y mulatos, cuyo núme-

ro aumentó significativamente durante los primeros lustros del siglo XIX.

Lo que se manifestó pronto en sus aspiraciones de movilidad social. "Si la sociedad barroca pretendía ser una sociedad estática, la nueva sociedad acriollada era sustancialmente móvil y su empuje dejaba al descubierto las falacias del orden instaurado por los conquistadores y colonizadores que defendieron sus privilegios con el principio de la hidalguía. Ese empuje era propio de una sociedad espontánea y viva, como era la que se constituía por obra del crecimiento vegetativo y de la forzosa incorporación de grupos artificialmente marginados pero indispensables para la subsistencia del conjunto social. En las últimas décadas del siglo XVIII se hizo claro para muchos que esa nueva sociedad —la sociedad acriollada— imponía sus designios por sobre los artificiosos esquemas que pretendían ignorarla o contenerla" (pág. 138). Esta transformación se aceleró notablemente a consecuencia de las guerras de independencia, en la infantería de cuyos ejércitos —e inclusive en su oficialidad— los pardos y mestizos desempeñarían un papel clave.



Cierto que durante muchos lustros después de haber conquistado la independencia las ciudades, que evolucionaban aceleradamente, coexistieron con la sociedad rural tradicional y que, en no pocos casos, esta coexistencia se traduciría en guerra civil y antagonismo, como el que reflejara el subtítulo del libro clásico de Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo, civilización y barbarie*. "La burguesía criolla había heredado la convicción de sus mayores acerca del papel hegemónico de las ciudades como centro de la región, desde el que

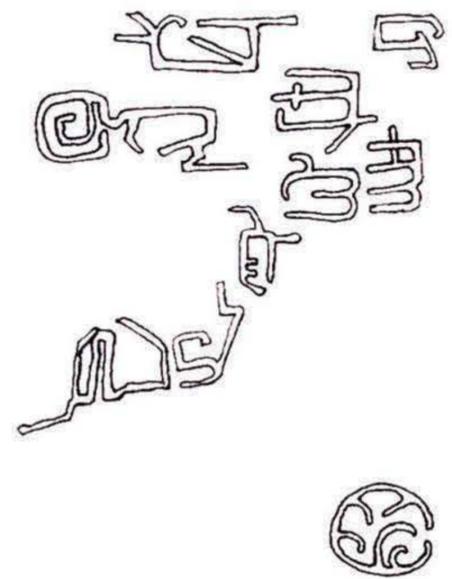
se comandaba la vida del contorno rural, y esta convicción se afirmó cada vez más a medida que la sociedad urbana se penetraba de la mentalidad mercantilista. La burguesía criolla creyó, como sus abuelos hidalgos, que las ciudades eran los focos de la civilización, sólo que ahora empezaba a pensarse que el modelo peninsular estaba caduco y que era necesario buscar otro, precisamente allí donde la civilización manifestaba ese esplendor que antes parecía que otorgaba el poder y la gloria, y ahora se sabía, como lo recordaba Jovellanos, que sólo lo daba la riqueza" (pág. 183).

La alusión a Jovellanos resulta bien oportuna en este contexto, pues si bien las burguesías criollas adoptaron paulatinamente la filosofía de la Ilustración, ésta, como reconoce Romero, "tenía matices, y en un comienzo las incipientes burguesías criollas aceptaron el matiz peninsular, moderado y sobre todo restringido". Sin embargo, y aunque las burguesías criollas no eran inicialmente revolucionarias, "el proyecto reformista llevaba implícito el revolucionario" y fue una "coyuntura favorable" lo que las empujó a optar por el segundo. Aunque no se produjo propiamente un cambio ideológico, "sino solamente una extensión y acaso una radicalización de las ideologías a las que hasta entonces estaban adheridas" (pág. 192).

Sin embargo, a partir del proceso de la independencia la movilización del pueblo llano y de las poblaciones rurales alteraron el precario equilibrio de sociedades no muy consolidadas. De hecho, las burguesías criollas, constituidas desde los últimos decenios del siglo XVIII, "cedieron el paso a un nuevo patriciado que se formó en las luchas por la organización de las nuevas nacionalidades y que constituyó la clase dirigente de las ciudades, por encima de una masa abigarrada a la que se incorporaron muchas veces nuevos elementos de origen rural" (pág. 201).

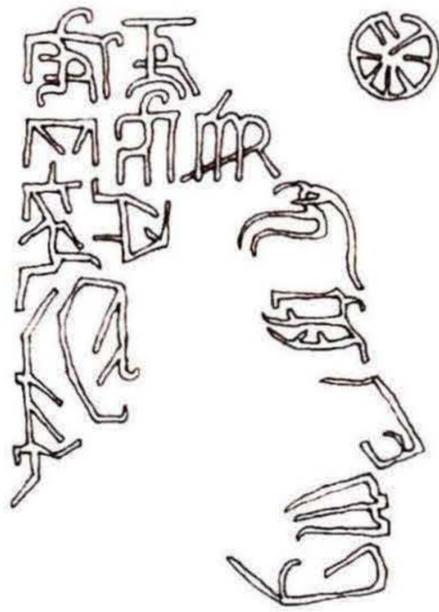
La afirmación anterior corresponde a la segunda frase del primer párrafo del capítulo quinto: "Las ciudades patricias". A lo largo de éste describe el autor las transformaciones que se produjeron en el seno de las sociedades latinoamericanas, a través de agudos conflictos que con frecuencia de-

sembocaron en largas y cruentas guerras civiles. El antagonismo entre la ciudad y el campo se vio mediado por una nueva circunstancia, la vinculación, cada vez más acelerada, a las expectativas del mercado mundial, y la injerencia de las metrópolis, en algunos casos, como en el de la aventura de Napoleón III y Maximiliano de Austria en México, hasta la intervención militar directa, pero sobre todo por las presiones de la economía.



Desde mediados del siglo, el establecimiento de filiales de los grandes bancos extranjeros, particularmente en México y los países australes, incide en acelerar el intercambio mercantil con el extranjero. De esta manera, los desarrollos objetivos a consecuencia de la vinculación de los países con el mercado mundial incidieron en *aburguesar* las relaciones de producción, tal y como comienza a hacerse evidente a partir de los años ochenta. "Se advirtió esa acción indirecta en la promoción de ciertos tipos de productos: en las zonas rurales de Latinoamérica se estimuló el trabajo con un criterio empresarial para que un país produjera más café, otro más caña de azúcar, otro más metales, otro más cereales, lanas o carne para consumo, otro más caucho, otro más salitre. Las empresas eran casi siempre de capital extranjero, y extranjeros fueron sus gerentes, sus ingenieros, sus mayordomos y, a veces, hasta sus capataces; la mano de obra, en cambio, era nacional; y nacional fue todo el mundillo de intermediarios que la producción y su comercialización engendraron" (pág. 297).

Con ello nos encontramos en una nueva fase, la de "Las ciudades burguesas" (título del penúltimo capítulo). Entonces se aceleró la consolidación del sector financiero de la economía, con la fundación de nuevos bancos y grandes casas importadoras y exportadoras. Se produjo un fuerte movimiento migratorio del campo a las ciudades, en las cuales empezaron a formarse nuevas clases: "quedó relegado a la vida provinciana el pasado colonial y patrio" y en los grandes conglomerados se inició una transformación urbanística que con frecuencia reflejaba la influencia del barón de Haussmann, el célebre renovador del París del segundo imperio.



Sobre todo las capitales que a su vez eran puertos —Río de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires; La Habana, San Juan de Puerto Rico— y aún ciudades como Caracas y Lima, que sin ser puertos estaban vinculadas a Puertos —La Guaira y El Callao— prosperaron notablemente. Río pasó de tener quinientos cincuenta mil habitantes a comienzos del siglo a un millón hacia 1920, mientras Buenos Aires pasó de algo menos de setecientos mil en 1895 a los dos millones en 1930: como escribía un francés en 1909, era "una ciudad nueva que ha crecido con la rapidez de un hongo sobre la pampa desierta" (pág. 300). En general, "casi todas las capitales latinoamericanas duplicaron o triplicaron la población en los cincuenta años posteriores a 1880 y multiplicaron su actividad en una cierta proporción". En cuanto a los puertos, basta con mencionar a Valparaíso, El Callao, Gua-

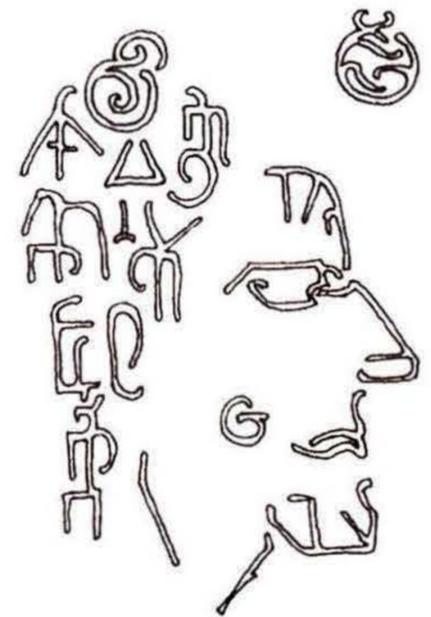
yaquil; Barranquilla, que fundada apenas en 1872 cuenta ya con 150.000 habitantes en 1930; Belem, Recife, Bahía; Puerto Cabello, Maracaibo, Veracruz; Tampico, Matanzas, Cienfuegos.

Mientras en las ciudades estancadas de la provincia se mantuvo relativamente intacto el predominio de las tradiciones y los linajes, en las ciudades influidas por el desarrollo económico se produjo una acelerada movilización social, por la aparición de los "nuevos ricos", burócratas, artesanos habilidosos, comerciantes afortunados y la clase trabajadora. Sólo quienes dentro del patriciado —en algunos casos de origen colonial pero sobre todo el que emergió con la revolución de independencia— supieron adaptarse a las nuevas condiciones de vida sobrevivieron, mientras que los otros se hicieron cada vez más marginales. En general, en las sociedades del siglo XX el viejo patriciado fue reemplazado por nuevas burguesías. "Cada vez más, desde las últimas décadas del siglo se percibía que los hombres de mentalidad patricia no eran los que más convenían para las nuevas circunstancias", y fueron sustituidos por una nueva clase. "En el ámbito de la conducción nacional, orientada hacia el aprovechamiento total de las nuevas posibilidades que el mercado total ofrecía, empezaron a predominar figuras de otra mentalidad y otro temperamento que emergían formando un nuevo grupo social como respuesta al nuevo desafío" (pág. 315)

Al multiplicarse los negocios con el mercado internacional se profundizó una relación de dependencia. En algunos países desempeñaron papel importante algunos empresarios extranjeros, como en Chile, Argentina, Uruguay, Perú y México. Los voceros de la burguesía comenzaron a influir decisivamente en la vida política. Se consolidó una incipiente clase media y, de otra parte, hizo su aparición el proletariado.

Con ello nos encontramos con el tema del último capítulo, "Las ciudades masificadas". Aunque el proceso de masificación se inició en algunos países a lo largo de los años veinte, fue la crisis del treinta —consecuencia de la crisis universal del capitalismo a finales del año anterior— lo que aceleró el proceso.

Para Romero el año 1930 señala en realidad una cisura, no sólo en la dimensión de la economía sino, en general, en el marco de referencia global, el de la cultura, la moral, los principios rectores de la orientación de la vida en sociedad. Tal como lo expresara en el último párrafo del capítulo anterior, "nadie hubiera podido encontrar coherencia en las nuevas actitudes políticas, sociales, estéticas o morales que aparecieron en las vísperas de la crisis de 1930, pero fueron muchos los que advirtieron que había pasado el apogeo de la mentalidad burguesa", y aunque casi nadie sabía por qué se la podría reemplazar, "pocos de los que percibían la metamorfosis de las ciudades latinoamericanas dudaban que otras formas de interpretación de la realidad y de los proyectos de vida se estaban elaborando sordamente en esas sociedades urbanas que se caldeaban" (pág. 382).



La crisis económica global "unificó visiblemente el destino latinoamericano", pues todos los países tuvieron que acomodarse a ella, ajustando sus relaciones con los mercados metropolitanos, deprimidos por la crisis: "comenzaba una era de escasez que se advertiría tanto en las ciudades como en las áreas rurales". Se aceleró en forma notable la migración del campo a las ciudades, en las cuales empezó a agolparse una multitud anómica, que muy lentamente —en algunos casos a lo largo de una o más generaciones— hubo de acomodarse a la nueva circunstancia de la vida urbana.

También se produjo la decadencia de algunas ciudades intermedias, así como

el auge de otras que, favorecidas por la demanda de algún producto en el mercado mundial, experimentaron un auge sorprendente. El ejemplo más característico que trae a cuento Romero es el de Maracaibo en Venezuela, vinculada a la explotación del "oro negro", el petróleo: si en los años treinta contaba con sólo cien mil habitantes, en 1950 llegó a tener doscientos treinta y cinco mil, cuatrocientos veinte mil en 1960 y seiscientos sesenta mil en 1970.

Naturalmente, fueron las capitales las que más crecieron. Según los datos de Romero, en el novecientos sólo alrededor de unas diez ciudades en el subcontinente superaban los cien mil habitantes. Pero ya en 1940 existían cuatro ciudades que sobrepasaban el millón: México, Río de Janeiro, San Pablo, Buenos Aires (dos millones y medio), mientras otras cinco sobrepasaban el medio millón: Lima, Rosario, La Habana, Montevideo y Santiago de Chile (que ya alcanzaba casi el millón).

En el transcurso de los siguientes treinta años se aceleró vertiginosamente el proceso: "ocho capitales no sólo sobrepasaron el millón sino que, derramándose sobre extensas áreas metropolitanas, alcanzaron cifras comparables a las de las ciudades más pobladas del mundo". Así, por ejemplo, México y Buenos Aires sobrepasaron los ocho millones de habitantes, mientras cuatro capitales —Santiago, Lima, Bogotá y Caracas— crecieron vertiginosamente. La primera pasó del millón en 1940 a más de dos millones y medio treinta años más tarde, mientras Lima, Bogotá y Caracas pasaron, en el mismo período, de tener seiscientos mil a casi tres millones, trescientos sesenta mil a algo más de dos millones y medio y doscientos cincuenta mil a algo más de dos millones cien mil habitantes, respectivamente.

Pero el crecimiento fue notable también en otras ciudades que no eran capitales, como Río de Janeiro, que dejó de ser la capital brasileña en 1960: pasó de un millón ochocientos mil habitantes en 1940 a seis millones setecientos mil en 1970. También crecieron notablemente otras ciudades brasileras en el mismo período: Recife, que pasó de doscientos cincuenta mil a un millón doscientos mil habitantes; Porto Alegre

y Salvador de Bahía, de trescientos cincuenta mil habitantes a poco más de un millón. Menciona el autor dos ciudades colombianas que hacia 1970 sobrepasaron el millón de habitantes: Cali y Medellín (a la que llegaron entre 1938 y 1968 más de cuatrocientos mil campesinos que engrosaron la clase popular). Otros ejemplos característicos son las ciudades de Guadalajara y Monterrey en México, Guayaquil en Ecuador o Barranquilla en Colombia y, en menor escala, Maracaibo en Venezuela, Puebla en México, Rosario y Córdoba en la Argentina.



La consecuencia social más perceptible a lo largo de todo el proceso fue la coexistencia en los conglomerados urbanos de dos tipos de sociedad. "Una fue la sociedad tradicional, compuesta de clases y grupos articulados, cuyas tensiones y cuyas formas de vida transcurrían dentro de un sistema convenido de normas: era, pues, una sociedad normalizada. La otra fue el grupo inmigrante, constituido por personas aisladas que convergían en la ciudad, que sólo en ella alcanzaban un primer vínculo por esa sola coincidencia y que como grupo carecía de todo vínculo y, en consecuencia, de todo sistema de normas: era una sociedad anómica instalada precariamente al lado de la otra como un grupo marginal" (pág. 400).

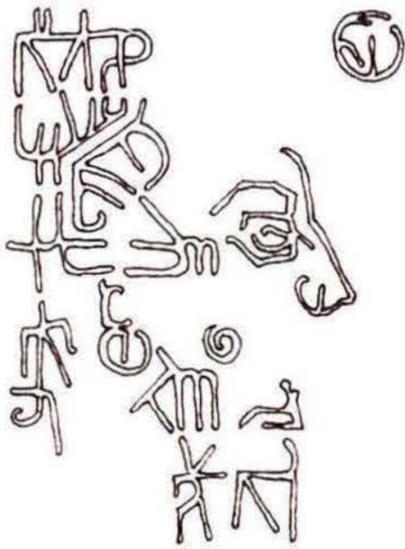
Al análisis de los antagonismos entre estas dos sociedades —que reproducen el carácter de la sociedad barroca escindida característica de la colonia— consagra Romero el resto del capítulo, señalando la esencial inestabilidad de la nueva masa urbana y la hostili-

dad de la sociedad normalizada hacia ella. Dos acontecimientos menciona el autor como sintomáticos del proceso de irrupción de los sectores anómicos: el del 17 de octubre de 1945, cuando las masas plebeyas de los distritos obreros del sur de Buenos Aires, con el respaldo de la Confederación General del Trabajo, la más importante central sindical, se tomaron la plaza de Mayo, al frente del palacio presidencial —la "Casa Rosada" — para protestar por la detención del entonces coronel Juan Domingo Perón, secretario o ministro del trabajo; y el 9 de abril de 1948, la intensa explosión de ira popular (que luego sería bautizada como "el Bogotazo") en respuesta al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, dirigente de un amplio movimiento democrático que recogía precisamente los anhelos —también los resentimientos— de los sectores plebeyos y anómicos.

Constata Romero como resultado final del proceso de masificación una crisis general de la sociedad: "evidentemente, tanto las pequeñas clases medias como las clases populares quedaron dislocadas tras las primeras experiencias de su masificación". Que se tradujo en la formación de innumerables tugurios suburbanos, "villas miseria", favelas y rancheríos. "Contrapuestas las dos sociedades en casi todas las metrópolis y ciudades donde se formó una masa de doble origen, externo e interno, la oposición se materializa en el ámbito físico. La metrópoli propiamente dicha es de la sociedad normalizada y los rancheríos de la sociedad anómica, aunque, en el fondo, los dos ámbitos están integrados y no podrían vivir el uno sin el otro. Son dos hermanos enemigos que se ven obligados a integrarse, como las sociedades que los habitan. Pero del enfrentamiento a la integración hay un largo trecho que sólo puede recorrerse en un largo tiempo" (pág. 438).

Sin embargo, también se ha ido formando en muchas ciudades un auténtico proletariado industrial moderno, más o menos numeroso según el grado de industrialización de las respectivas localidades, que con el transcurso del tiempo ha adquirido una fisonomía propia, diferenciada, y, con ello, ha comenzado igualmente a tomar conciencia de su condición peculiar como clase. Las

últimas páginas del libro están consagradas a la dimensión "idiosincrática": a las transformaciones en el comportamiento de las elites, que se han hecho más cosmopolitas, probablemente más simuladoras y enajenadas, quizás un tanto *snobs*, así como al de la juventud en general, de todos los estratos sociales, y al de la mujer, que en los últimos años ha abandonado su tradicional sumisión y ha avanzado notablemente en el campo profesional. La crisis ideológica se ha reflejado igualmente tanto en la de los partidos tradicionales como en el equívoco fenómeno del "populismo", que se ha enfrentado al liberalismo y al marxismo, aunque en ningún caso ha articulado una doctrina coherente que pudiera representar una alternativa.



Quisiéramos concluir con una consideración sumaria sobre la experiencia cultural del autor, tan vasta, tan seria, tan genuina y profunda, que le permite ilustrar el fenómeno que describe con referencias bien oportunas y enriquecedoras, desde las *Cartas de relación* de Hernán Cortés (1522) y *El carnero* de Rodríguez Freyle, escrito a comienzos del siglo XVII; *El Periquillo Sarmiento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi (1816); las *Memorias* de la marquesa Calderón de la Barca (una escocesa que residió en México como esposa del embajador español a finales de los años treinta del siglo pasado); las *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*, de José María Cordovez Moure (1893) o los *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, del barón Pierre D'Espagnat (1901); *Civilización y barbarie* (1845) y *Recuerdos de provincia* (1850), de

Domingo Faustino Sarmiento, o el *Fausto* de Estanislao del Campo (1866), pasando por algunas novelas, como *Amalia*, de José Mármol (1855); *La María*, de Jorge Isaacs (1867); *Yawar fiesta*, de José María Arguedas (1936), hasta *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo (1955), y *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez (1967). Para mencionar solamente unos cuantos ejemplos.

RUBÉN JARAMILLO VELEZ  
Departamento de Filosofía  
Universidad Nacional

## Cada país fue una palabra

**Latinoamérica:  
las ciudades y las ideas**

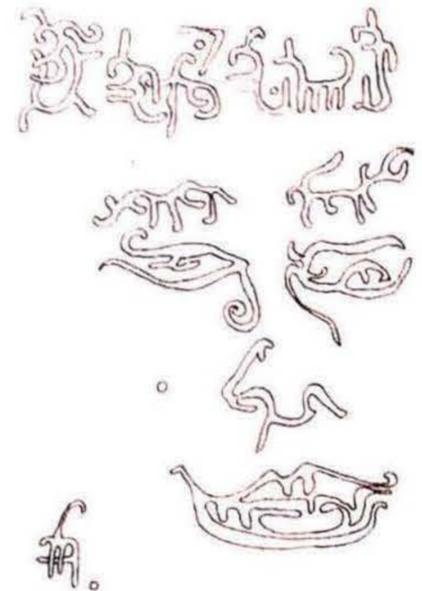
José Luis Romero

Prólogo de Rafael Gutiérrez Girardot  
Editorial Universidad de Antioquia,  
Medellín, 1999, 532 págs.

A mí me hacen mucha gracia los charangueros de la Posmodernidad, predisuestos al llanto del anticanon por siempre (cajas de Kleenex a la vista) y que con esas lágrimas han creado, para refugio de consumo propio, uno de los cánones más persistentes y mañosos de los últimos veinte y tantos años.

Mallarmé quiso llegar a la poesía pura. Ésta, como bien sabemos, no existe ni podrá existir más que en la imaginación de los poetas, o los lectores. Y lo mismo vale para la llamada poesía social. Son retóricas, retóricas, retóricas. Pero esa aspiración o cúspide mallarmeana (que arranca con Baudelaire, Rimbaud y el gran conde Lautréamont) fue imitada por la crítica literaria francesa del siglo XX, desde los años cincuenta para acá. Digamos que los críticos franceses se quisieron poner las pilas y situarse a la altura de la poesía en esa lengua y buscaron, para independizarse de los textos (cosa que nadie parece negar), un lenguaje "puro", "autónomo", de *estilo inconfundible* (para decirlo con fórmula tradicional pero comprensible: al

pan, pan; y al vino, vino). Los sociólogos de los años sesenta ("investigadores sociales", que les dicen) se lanzaron al ruedo con muchas nueces imaginativas, creyendo que hallarían el Santo Grial, la Piedra Filosofal del lenguaje socio / histórico / político. El resultado, el mismo: retórica, retórica, retórica. Quisieron ser marxistas pero de verbo romántico, ultra original: mucho ruido, muchísimo.



El problema es que la sociología (y sus muchos ramales) está obligada a hablar de la Realidad de frente y sin rodeos, así como la crítica literaria debería hablar de los textos y no pasarse de lista y creer, con ingenuidad mayúscula, que su deber es *sorprender* a los cuatro vientos con un decir jamás oído. La poesía —volvamos a Mallarmé— habla de la Realidad (¿podría ser de otra manera?), pero de costadito, de carambola, y se entretiene con muchísimas cosas, se deleita en sí<sup>1</sup>.

Antes de que apareciese en el poniente (ya que la mayor parte de estos "lenguajes" son crepúsculos bastardos) la moda de los investigadores sociales con culebra al cuello (medio sociólogo, medio historiador, medio filósofo, medio literato, medio de todo y al final casi en na, mismo Pedro Navaja), existían los estudios de Historia. El oficio de historiador abarcaba, dentro de las disciplinas que llamamos Humanidades, un filo de respeto por el buen decir, la claridad expresiva y la imaginación al servicio del verbo. Así, pues, la reedición del clásico de José Luis Romero: *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, es motivo de júbilo para quienes